

Volviendo a Goncharov

Iván Goncharov (1812-1891) se había convertido en una rareza bibliográfica para los lectores de español. De ahí la oportunidad de estas nuevas ediciones*, ya que al menos veinte años nos separan de las más recientes en nuestra lengua: su inclusión en una antología de *Grandes escritores rusos* traducida por Nina Magalov con prólogo de Pablo Schostakovsky, editada por Exitó en Barcelona (1962) y por Cumbres en México (1979). Por otros títulos había que ir más atrás, a las librerías de lance: *El declive* (Miracle, Barcelona, 1942), *Una historia vulgar* (Ameller, Barcelona, 1943), *Inquietud e indecisión* (Diana, Madrid, 1954), *Los días mejores* (Ahr, Barcelona, 1967). En tanto, su novela más canonizada, *Oblómov*, resultaba más accesible en su versión cinematográfica (Nikita Mijalkov, 1980) que en forma de libro, a pesar de que había merecido no menos de tres traduc-

ciones distintas: la de Tatiana Enco de Valero (Calpe, Madrid, 1924/5, dos volúmenes), la de Tadeo Sirinov y Cosme Vidal (Tartessos, Barcelona, 1943) y la de Ramón Sanguenes (Fama, Barcelona, 1954). Hay para saciar cualquier comparatismo, como se ve.

Sin duda, la actual política editorial de liquidar fondos atenta contra el hallazgo de clásicos en nuestras librerías. El caso de *Oblómov*, una de las novelas sintomáticas del siglo XIX (tan abundante en ellas, por parte) es expresivo. Pero, ¿dónde encontrar versiones de *El verde Enrique* de Gottfried Keller, *Verano tardío* de Adalbert Stifter o *Debe y haber* de Gustav Freytag?

Oblómov es, en clave de ironía romántica y apariencia realista, la crítica del héroe negativo del romanticismo, así como se puede admitir que el *Quijote* es la parodia barroca de la novela educativa caballerescas cortesana de la temprana modernidad. En efecto, Goncharov se produce de modo cervantino, con su juego de dobles-opuestos a la manera de la pareja Quijote-Sancho. Se lo puede percibir como la mitad inerte de su amigo Schtolz, un muchacho de familia alemana que tiene padre y carece de madre, al revés que Oblómov, con lo que se integran desde su génesis. Schtolz, quizás alegoría de la codiciada y activa Europa Occidental, representa la vida mundana, histórica, tanto que acaba por casarse con Olga (a

* Iván A. Goncharov: *Oblómov*, traducción de Lydia Kúper de Velasco, Alba, Barcelona, 1999, 644 pp. y Ninfodora Ivánovna, traducción de José Manuel López y Manuel Vega Mateos, Amaranto, Madrid, 1999, 93 pp.

quien conoce, no casualmente, en París) la joven que fue la amada de su amigo. Éste se casará con su sirvienta y, tras su muerte, Schtolz hará de padre de su hijo Andrei, que lleva el nombre del propio Schtolz. Tal entretejido de identidades no puede ser más articulado y constituye esa suerte de superidentidad que la novela dibuja en el imaginario del papel, ordenando lo que la vida propone como intermitencias del corazón y la memoria.

El amor de Olga y Oblómov, lo mejor del libro en cuanto a minucia psicológica, es, por su parte, una crítica irónica del amor cortés, tanpreciado por los románticos. La distancia que guardan los enamorados, su rechazo del matrimonio, la conservación ideal de una pasión no consumada, se despliegan en un juego sádico de renunciaciones y compulsiones a la renuncia, con lo que el amor idealizado se convierte en un maltrato amoroso, cruel y despiadado como el amor mismo.

Niño eterno, pasivo, abúlico, desnortado, víctima de lo que se llama en la novela «oblomovismo», el antihéroe de Goncharov es la versión caricatural y burguesa del alma bella, del personaje inmóvil que se enclaustra para no mancharse con los avatares de la historia y esquivar sus incertidumbres y ambigüedades, con lo que consigue una identidad vacía, en constante interrogación. Los románticos exaltaron a Hamlet, justamente, porque es el

paladín de la duda, de la indecisión perpetua entre el ser de la historia, la lucidez y la vigilia, y el no ser del sueño, anticipo de la muerte, contemplación y claustro.

Oblómov se enclaustra, controlado y atendido por Zajar, el doméstico de toda la vida, mientras sus propiedades decaen, sus siervos lo defalcan y el utillaje doméstico se pringa y deteriora. Los amigos lo sablean y él vive parasitando sus vidas, las vidas que le cuentan en el polvoriento salón de su casa.

Oblómov cofunda la estirpe de los inservibles románticos, los *Taugenichts*, como lo bautiza Eichendorff en su emblemático relato. Son las versiones degradadas del alma bella goetheana que aparece en *Wilhelm Meister* y cuyo retrato en tintes trágicos fue Werther, el que se suicida para evitar la densidad alienante del mundo, o sea de los otros. Luego volverán en los héroes residuales y anómicos de Thomas Mann (Tonio Kröger, el payaso) y de Beckett, con sus ínfimas epopeyas de consunción y desaparición.

Oblómov, paladín de la anomia, se debate entre la inmanencia de la amada y la trascendencia del amigo, sin llegar a ningún lugar. Ignora qué lugar le corresponde y logra no ser nadie, con lo que se dispone, de manera esperpéntica, a la muerte. De algún modo, la suya es una moral nihilista —tan rusa, si se quiere— que ve el transcurrir del tiempo desde el absoluto de su

extinción. Vive como si hubiera vivido, en una preparación estoica a la muerte. «Tenía la dolorosa sensación de que estaba encerrado en él, como en una tumba, un principio noble, luminoso, que tal vez ya estuviera muerto ahora o que yacía, como el oro, en las entrañas de la tierra, esperando, hacía tiempo, convertirse en moneda al uso... Ese tesoro estaba profunda y pesadamente cubierto por desechos y basuras».

La descendencia de Oblómov, según se ve, es rica, y caben en ella más ilustres ejemplos: el nihilismo activo de los terroristas de Dostoievski y Conrad, la condena a la extrañeza pasiva de Gregor Samsa, sin ir más lejos. Y no es poca cosa. Hasta la elegante perplejidad de tantos personajes de Henry James ante la laberíntica espesura del mundo real, tiene que ver con él.

Era indispensable que esta obra crucial volviera a nuestras librerías. En cuanto a la traducción, un lector silvestre como el suscrito la ha podido gozar por su fluidez nove-

lesca y lo estricto de su registro idiomático. Lo demás es tarea de filólogos.

Por su parte, *Ninfodora Ivánovna*, relato inicial que anduvo perdido en alguna revista para señoras, fue rescatado en 1993 por Olga Marfina, de modo que resulta una novedad para nosotros. Es una historia de intriga, solución melodramática y rebaba irónica, donde una cruel suplantación de identidades y un sutil erotismo, oblicuo y pudoroso, balancea lo truculento de la historia.

Goncharov tiene ese apacible don ruso de hacer saltar la liebre de lo siniestro en la tediosa serenidad de lo cotidiano. Esa liebre que devora la nariz de Gogol y lleva a Rodión Raskolnikov a matar a una usurera para devenir el superhombre del tiempo nuevo. Nos lega una patética lección de heroísmo: la vida es misteriosa y finalmente inútil pero, si somos capaces de narrarla, la salvaremos de sus íntimas miserias, transformándola en una aventura.

Blas Matamoro